

□ Tiempo de lectura: 5 min.

El concepto de “no hacer nada” no existía en la mente de don Bosco, ni siquiera cuando era niño. En su juventud, sus diversiones eran juegos con sus compañeros para mejorarlos, entrenamientos de saltimbanqui, educar a su perro Bracco, montar a caballo y mucho más. Como sacerdote, transformó juegos y fiestas en herramientas de apostolado para los jóvenes de Turín: carnaval con piñatas y diálogos en la capilla, desafíos deportivos, grandes recreos, paseos otoñales, manteniendo siempre vivo el espíritu alegre que lo caracterizaba. Solía decir: “la ociosidad es maestra de muchos vicios” y “el demonio nos encuentre siempre ocupados”.

Por «ocio» se entiende todo aquello que «divierte» y es decir que descansa del trabajo, distrae de las propias preocupaciones y por lo tanto «divierte».

Se puede preguntar si Don Bosco en su vida se tomó algún momento de ocio, o algún rato de «*relax*», para usar un término extranjero que «queda bien», pero que deriva luego de la «*relaxatio*» latina.

La voz «ocio» no se encuentra en los índices analíticos de la primera historia salesiana. Se encuentran, más bien, las voces: «diversión», «juegos», «recreación», que se refieren no tanto al ocio personal de Don Bosco sino más bien a sus iniciativas en beneficio de los jóvenes.

Se sabe, sin embargo, que, de niño y de joven estudiante, Giovanni también disfrutó de momentos de «*relax*», como cuando iba a anidar, o a divertirse con los compañeros del barrio.

Es conocida su amistad con el perro del Sussambrino, el famoso «Braco» que él entrenó para atrapar al vuelo los trozos de pan y no comerlos hasta recibir la orden, para subir y bajar por la escalera de mano del granero y para hacer saltos y juegos de circo.

Así, cuando en Castelnuovo el párroco Don Dassano le confió el cuidado del establo, Giovanni, después de aprender a montar a caballo, le saltaba a la grupa y se

divertía empujándolo al galope.

También en Chieri jugaba con los compañeros de la escuela pública y en el Seminario participó a veces incluso en juegos de cartas y tarot, aunque luego los dejó porque le molestaban en el estudio y en el sueño.

¡Ya no eran un ocio para él!

Los espectáculos de los sacerdotes

En Morialdo, en las celebraciones por la fiesta de la Maternidad de María, solemnidad principal del pueblo, el clérigo Giuseppe Cafasso, invitado por Juanito Bosco a disfrutar de algún espectáculo, le respondió:

— *Mi querido amigo, los espectáculos de los sacerdotes son las funciones de iglesia* (MO 42).

Giovanni no olvidó más esas palabras, como resulta de sus propósitos tomados el día de la vestición clerical (MO 87-88).

Pero luego las aplicó a su manera transformando poco a poco bromas, juegos, diversiones varias en otros tantos medios de apostolado. Se puede decir que desde que comenzó su ministerio sacerdotal entre los jóvenes pobres y abandonados de Turín, el ocio fue solo para sus chicos.

Lo utilizaba como válvula de seguridad para quien necesitaba libertad, alegría, ruido tal vez, que serenara los corazones y los distrajera de pensamientos tristes, conduciéndolos indirectamente a algo más importante, el estudio, el trabajo, la oración, la virtud.

Aquí se podrían describir las fiestas, los espectáculos, las diversas formas de recreación que Don Bosco supo idear y realizar durante su actividad de sacerdote-educador.

Para el carnaval de 1847, por ejemplo, Don Bosco avisó a los jóvenes que en los últimos días antes de la Cuaresma habría entretenimientos y juegos extraordinarios. Quería distraerlos del pensamiento del carnaval de la ciudad que les convenía poco. Con el Teólogo Borel dio primero en la capilla una instrucción

muy amena en forma de diálogo, que despertó la hilaridad de todos.

Después de las funciones de iglesia, organizó una animada recreación, incluyendo el juego de las «piñatas» colgadas de una cuerda con dentro fruta y dulces, o.... llenas de agua. Los jóvenes, elegidos por sus compañeros, con los ojos vendados y con un palo en la mano, debían girar alrededor intentando golpear las «piñatas» ... con las consecuencias correspondientes (MB III, 180).

Hasta que la edad y los compromisos se lo permitieron, Don Bosco fue el primero en los juegos, el alma de la recreación. Jugaba a los bolos, a las bochas, a «barrarotta». Desafiaba a los jóvenes a superarlo en la carrera. Parece que el último de estos desafíos tuvo lugar en 1868. Don Bosco, a pesar de las piernas hinchadas, corrió aún con tanta rapidez que dejó atrás a todos los jóvenes del Oratorio, mientras los presentes no podían creer a sus ojos (MB III, 127).

Pero el día más característico de fiesta familiar para todo el Oratorio se convirtió en el 24 de junio unido especialmente al onomástico de Don Bosco, ocasión de bellas funciones en la iglesia, mejor almuerzo, academia en su honor, entretenimiento teatral y mucha alegría.

¿Nunca ocio personal?

Si recorremos la vida de Don Bosco, sin embargo, encontramos que no le faltaron ocasiones no solo de alivio espiritual sino, indirectamente al menos, también de ocio entre tantas dificultades financieras, sufrimientos físicos y morales, graves problemas de toda índole.

A finales de agosto de 1850 hizo un viaje al Valle Chisone. Interrogado años después sobre el motivo de ese viaje, respondió que, pensando en escribir una *Historia de Italia*, deseaba ver esas montañas donde en 1747 se había librado por los piemonteses la heroica batalla de Assietta para impedir la invasión de los Estados de Saboya.

Don Bosco se encontraba en un momento de serias preocupaciones y la excursión pudo haberle servido de ocio, aunque el biógrafo está convencido de que el relato que hizo ocultaba el propósito principal de la excursión, es decir, un acto de devoción y de reconocimiento hacia el Arzobispo Fransoni entonces detenido en el

Fuente de Fenestrelle.

En su primer viaje a Roma en 1858 tuvo la consolación de visitar los lugares más sagrados de la Ciudad Eterna. La historia, el arte, la fe, las glorias religiosas cristianas, las grandes Basílicas, las Catacumbas, debieron conmover profundamente el alma tan religiosa y «romana» de Don Bosco. Fue ese un verdadero alivio espiritual, sí, pero también un auténtico ocio.

Podríamos recordar aún su triunfal regreso entre los jóvenes de Valdocco en 1872, después del mes de grave enfermedad en aislamiento en Varazze. Esa fiesta, esa alegría que brotaba de los rostros de todos sus chicos fue sin duda un alivio muy especial para Don Bosco.

Fuente de ocio debieron ser también sus repetidos regresos a los Becchi con los jóvenes durante las famosas caminatas otoñales.

Y la vendimia hecha en diciembre de 1887 en medio de los discípulos más íntimos con las uvas de la parra que adornaba las habitaciones de Valdocco, retrasada a propósito para esperar la llegada de Mons. Giovanni Cagliero, fue para Don Bosco, gravemente enfermo, un último ocio realmente. Sentado en la galería, experimentaba al ocaso de su vida la gran alegría de ver a sus mejores hijos compartir con él los racimos de esas uvas, que le recordaban su tierra natal, la madre, la infancia, el sueño de los nueve años.